

LIBRO TERCERO.

CARTA PRIMERA.

CICERÓN Á SU HERMANO QUINTO, SALUD.

Después de estos intensos calores (no los recuerdo más excesivos), he venido á refrescarme deliciosamente en las aguas de Arpino. He pasado aquí la época de los juegos, recomendando á Filótimo las gentes de mi tribu. El iv de los idus de setiembre lo pasé en Arcano (1), encontrando allí á Messidio y Filógeno (2). He visto el agua que han traído de las cercanías, corriendo bastante bien en medio de la extremada sequía, y esperaban aumentar el caudal. Hero está bueno. En la quinta Manilia he encontrado á Difilo, que en achaque de lentitud se ha hecho superior á sí mismo. Sin embargo, solamente le falta por terminar los baños, la terraza y la pajarera. Esta quinta me agrada mucho: el pórtico pavimentado es grandioso. El efecto me ha llamado la atención hoy que se encuentra completamente despejado y bruñidas las columnas. Solamente falta elegir bien el estuco, y de esto cuidaré yo. Las baldo-

(1) Propiedad de Quinto, vecina de la de su hermano.

(2) Arrendatarios de aguas como existen todavía en Italia.

sas son bellas: no me ha satisfecho la disposición de algunas cámaras (1) y he indicado cambios. El sitio del pórtico, donde deseabas un vestíbulo pequeño, está mejor así, según dicen ellos, porque falta espacio. Además, esta distribución no se acostumbra más que en los edificios donde puede construirse un pórtico muy grande: aquí no habría quedado terreno para dormitorios y dependencias, mientras que ahora se tiene una bóveda de buen efecto y la ventaja de poder gozar del fresco en este paraje durante el estío. Sin embargo, si persistes en tu idea, reitera las órdenes cuanto antes. El horno de los baños estaba dispuesto de manera que el tubo que trasmite el calor pasaba precisamente por debajo de los dormitorios, y he ordenado que lo aproximen más hacia uno de los ángulos del *apoditerio* (2). He aprobado la disposición del dormitorio grande y del alto para invierno. Los dos son espaciosos, y comunican con la terraza por el lado más próximo á los baños. Las columnas no eran derechas ni estaban bien alineadas, pero Difilo se tomará el trabajo de reemplazarlas. Tal vez conseguirá algún día aprender á servirse de la cuerda y la plomada. Espero que para dentro de algunos meses habrá terminado el trabajo, porque he llevado conmigo á Cesio, que le hostigará.

Desde allí marché directamente por la vía Vitularia á la tierra de Fufio que compré para tí en un millón de sextercios, como te escribí no ha mucho desde Arpino. En ninguna parte he visto umbrías más hermosas; por todos lados agua viva corriendo en abundancia, hasta el punto de creer Cesio que encontrarás riego para cincuenta yugadas de prado. Lo que yo puedo juzgar, porque lo entiendo

(1) Del griego *καμάρα*, palabra que empleaban los arquitectos latinos para designar el techo abovedado de una habitación cuando estaba construido de madera ó de yeso.

(2) Habitación en la que se despojaban de los vestidos los bañistas.

mejor, es que la casa será deliciosa cuando hayas añadido un vivero, fuentes, palestra y algunos bosquecillos. Hanme dicho que quieres conservar las tierras de Bovila: piénsalo. Pretende Calvo que, aun reservándote la toma de agua constituida en servidumbre, podríamos conseguir en venta el precio por que se compró. Messidio me acompañaba, y me ha dicho que habíais convenido á tres escudos el pie, siendo la superficie de cuatro mil pasos, según su medida. Creo que hay más. Es seguro que no puede emplearse mejor el dinero. Había hecho llamar de Venatro á Chilón (1), pero el mismo día habían quedado sepultados en un derrambamiento cuatros compañeros ó discípulos suyos.

El día de los idus de setiembre me encontraba en Laterium. He inspeccionado el camino, habiéndome parecido tan bueno que se tomaría por vía pública, exceptuando un trozo de ciento cincuenta pasos desde el puentecillo próximo á la casa de Furina, por el lado de Satricum, que he medido yo mismo y en el que han puesto polvo en vez de balastro. Es necesario cambiar esto y enmendar la pendiente, que es muy violenta. Pero he comprendido que no puede construirse de otra manera, puesto que no habías querido que pasase el camino por el terreno de Locusta ni por el de Varrón. Veluino ha preparado ya el suyo, pero el de Locusta ni siquiera está removido: veréle en Roma, y espero convencerle. Hablaré al mismo tiempo á Tauro para rogarle permita un paso de aguas por su propiedad.

He manifestado mi complacencia á tu arrendatario Níseforo, y le he preguntado qué órdenes tuyas había recibido referentes al pabellón de Laterio. Hame contestado que la había contratado por mil seiscientos sextercios, pero que tú habías añadido después mucho á la obra y nada al precio, por lo cual había renunciado. Por mi parte he apro-

(1) Un arquitecto.

hado las adiciones al proyecto; y aunque esta casa, en su estado de sencillez estoica, parece condenar las extravagancias de las otras, las adiciones la harán muy agradable. He felicitado á tu jardinero decorador, que todo lo ha tapizado perfectamente de hiedra, desde el basamento del primer piso, hasta el intercolumnio de la terraza, hasta el punto de parecer que todos aquellos personajes envueltos en mantos (1) solamente están allí para ayudarle y como vendedores de hiedra. El ἀποδότης es lo más fresco con su tapiz de musgo.

Esto en cuanto al campo. Filótimo y Cincio se encargan de cuidar de nuestros embellecimientos de la ciudad; pero yo no dejo de atender á ellos, y con facilidad puedo hacerlo. Relativamente á esto, puedes estar tranquilo.

Comprendo tu cuidado por tu Cicerón, pero deseo que comprendas también el mío, porque no te concedo que le quieras más que yo. ¡Ojalá hubiese permanecido conmigo, como deseaba él y yo también, durante el tiempo que he pasado en Arpino! Puedes escribir á Pomponia que de su voluntad depende acompañarme en mis excursiones y traer su hijo; pero si persiste en permanecer ocioso, alzaré la voz. En Roma no tengo tiempo para respirar. Sabes que ofrecía gratuitamente mis servicios. ¿Qué sucede ahora para que les señales precio tan alto?

Hablemos de tus cartas, que abundaban durante mi permanencia en Arpino. Ricibí tres en un mismo día, y según las apariencias escritas en igual fecha. Una de ellas era bastante larga y contenía la observación de que César había recibido, al mismo tiempo que tú, carta mía de fecha más reciente que la que dirigía. Esto depende de Oppio, y frecuentemente á pesar suyo. Fija día para salida de un mensajero: le mando mis cartas; pero sobreviene un inconveniente, y el mensajero no puede partir hasta más.

(1) *Palliati*. Estatuas con manto que decoraban el edificio.

tarde. Ahora bien; una vez remitidas mis cartas, no pienso en cambiarles la fecha.

Me hablas del extraordinario cariño que me profesa César: procura tú mantenerlo, como procuraré yo aumentarlo por todos los medios posibles. He hecho exactamente lo que me decías relativamente á Pompeyo (1), y continuaré del mismo modo. Me agradeces mi beneplácito en la prórroga de tu alejamiento: con profundo dolor accedo á ello, aunque me regocijo en cierta manera. No comprendo tu intención al hacer venir los Hipodamos y otros: ni uno solo entre todos ellos deja de contar contigo para que le den algo; por ejemplo, un terreno en las inmediaciones de Roma. En cuanto á mi amigo Trebacio, no tienes que ocuparte de él bajo este punto de vista, porque le he recomendado á César, que ya me ha contestado favorablemente. Si no está contento, no puedo hacer más. Pero relativamente á él, no tienes tú compromiso alguno. César te quiere cada vez más, de lo que me alegro sobremanera: y amo á Balbo como á las niñas de mis ojos, porque á su intervención debes tan señalado beneficio. Mucho me agrada también que sea recíproca tu amistad con Trebonio (2).

En cuanto al tribunado, he designado nominativamente á Curcio. César me contestó en seguida que le aceptaba y que era yo muy tímido para pedir. En lo sucesivo (he dicho á Oppio para que lo escriba á César) no me ofenderé porque me niegue lo que le pida, pues hay personas que no le convienen y á las que, sin embargo, no puedo negarme sin irritarlas. Me intereso por Curcio, como á él mismo he dicho, porque se dirigió á mí y porque tiene el testimonio de tus cartas, en las que encuentro muchas pruebas de su abnegación en favor nuestro. En los asuntos

(1) El consejo era sin duda que cultivase la amistad de Pompeyo de manera que no alarmase ó disgustase á César.

(2) A la sazón teniente de César en las Galias,

de Bretaña, según me escribes, no tenemos por qué temer ni por qué alegrarnos. Te diriges á Tirón para enterarte de las cosas públicas: verdad es que he descuidado algo este asunto, convencido de que las noticias grandes y chicas llegan á César.

He contestado á tu carta más extensa: oye en cuánto la más breve. Me hablas primeramente de la que Clodio ha escrito á César: muy bien me parece la determinación de César de no contestar á ese furioso, á pesar de tus instancias para que contestase. Te ocupas después del discurso de Calvencio Mario (1) y admiro en verdad que creas deber contestarle. Si no contesto, nadie leerá el tal discurso, el mío está en manos de todos los niños, que lo aprenden de memoria. Empezados están los libros que esperas de mí, pero no ha llegado todavía el tiempo de terminarlos. He revisado las oraciones por Scauro y Plancio, pedidas con tanta insistencia. He dado comienzo también á un poema en honor de César, pero he tenido que interrumpirle. Si tengo tiempo, te escribiré los versos que deseas, puesto que se han agotado tus propias fuentes.

Paso á la tercera carta. Gratísima me es la noticia de que Balbo viene á Roma tan bien acompañado y que lo tendré conmigo hasta los idus de mayo (2). Haré lo que me dices, y tantas veces me has instado antes, acerca de que me esfuerce y ponga en evidencia; pero ¿cuándo podré vivir?

El v de los idus de setiembre (3) recibí tu quinta carta, fechada en Bretaña el iv de los idus de agosto (4). No vec

(1) Este es L. Pisón Cesonio, cónsul con Gabinio en 695 y suegro de César, designado de esta manera porque su abuelo materno se llamaba Calvencio y porque él mismo tenía algo de la crueldad de Mario.

(2) 15 de mayo.

(3) 13 de setiembre.

(4) 10 de agosto.

en ella otra cosa nueva que el anuncio de *Erígona* (1); cuando me la entregue Oppio, te diré mi opinión acerca de ella. No dudo quedaré contento. Había olvidado efectivamente hablarte del informe que recibió César relativamente á los aplausos tributados á Milón, acerca de los cuales paréceme muy natural que César se haya formado tan alta idea. Pero aunque Milón fué quien los recibió, en cierta manera venían dirigidos á mí.

También he recibido una carta tuya muy retrasada, en la que me hablas del templo de Tellus y del pórtico de Cátulo (2). No he descuidado ni el uno ni el otro: hasta he dispuesto que se coloque tu estatua en este templo. En cuanto á lo que me aconsejas relativamente á los jardines, nunca he sido muy aficionado á ellos, y me basta el de mi casa. Al llegar á Roma el xiii de las kalendas de octubre (3), encontré terminado el techo de tu casa, que no has querido se levante mucho sobre las habitaciones: esto le da inclinación poco graciosa por el lado del pórtico interior. Nuestro querido Cicerón ha continuado asiduamente sus lecciones de retórica durante mi ausencia: puedes estar tranquilo en cuanto á sus adelantos. Conoces su inteligencia, soy testigo de su aplicación: creo que puedo responder de lo demás.

Gabinio (4) lucha con tres cábalas: en primer lugar L. Léntulo, hijo del flamin, renueva su acción de lesa majestad; en seguida T. Nerón con sus honrados suscritores; y

(1) Tragedia de Quinto

(2) Cicerón adornaba estos monumentos con estatuas, pinturas y tal vez inscripciones que sirviesen más ó menos para perpetuar el recuerdo de su destierro y de su regreso triunfal. Este era un privilegio que había obtenido del Senado.

(3) 15 de setiembre.

(4) Regresaba de su gobierno de la Siria: entró de noche en Roma, y á la mañana siguiente estuvo á punto de sucumbir á manos del pueblo, en el momento en que marchaba á responder á la acusación que se había formulado contra él.

últimamente Memmio, tribuno del pueblo, de acuerdo con L. Capitón. Vino á la ciudad el xii de las kalendas de octubre (1); es imposible encontrarse más desairado y aislado. Sin embargo, nó confío mucho en todos estos procedimientos. Encontrándose enfermo Catón (2), queda suspendida la acción de Spécula. Pompeyo trabaja activamente para volver á mi amistad, pero no ha adelantado ni un paso hacia su objeto, ni lo conseguirá por poco que dependa de mí. Espero con impaciencia cartas tuyas.

Según escribes, has oído que asistí á la reunión de candidatos consulares: es falso. Memmio ha revelado el misterio de sus pactos, que son tales, que no puede intervenir en ellos ningún hombre honrado. Además no hubiese yo asistido á una reunión de la que había sido excluido Messala; porque cuido de no hacer nada que pueda desagradarle, lo mismo que á Memmio, y creo que lo consigo. También he hecho mucho por Domicio y á petición suya. Mi defensa de Scauro le obliga mucho para conmigo. Ignórase todavía cuándo serán los comicios y qué cónsules tendremos.

El xi de las kalendas de octubre (3), cuando cerraba esta carta, llegó tu mensajero, que ha empleado veinte días en el camino. Mi inquietud era inmensa. ¡Cuán grata y amistosa es la carta de César! Mas su misma suavidad aumenta mi sentimiento por la pena que le aflige. Pero me ocuparé de tu carta. Apruebo de nuevo tu resolución de no separarte de César, especialmente ahora que, según me dices, te has explicado con él. Me sorprende tanto como me disgusta que Appio tenga alguna mala inteligencia con Publio.

En cuanto á lo que me dices más adelante acerca de una legación que han de conferirme cerca de Pompeyo por

(1) 20 de setiembre.

(2) Catón era pretor entonces.

(3) 21 de setiembre,

Los días de setiembre, nada sé de ello, y he escrito á César que su propósito de hacerme permanecer en Roma lo comunicó Vibulio á Pompeyo y no á Oppio. ¿Por que? No es que rechace yo á Oppio, pero Vibulio trata las primeras instrucciones. César se las dió verbalmente y sólo había escrito á Oppio. Yo á la verdad no puedo δε υπέραις προτιδῆς cuando se trata de los asuntos de César. En mi cariño te sigue á tí y á nuestros hijos, pero tan de cerca, que es inapreciable la distancia. Parece que en esto me guío por la razón; pero si es un deber para mí amarle, le amo principalmente cediendo al atractivo que me arrastra.

En el momento en que terminaba estas líneas de mi mano, ha llegado Cicerón á cenar conmigo, estando Pomponia invitada fuera. Hame mostrado una carta tuya que acaba de recibir, redactada en el estilo de Aristófanes, jocosa á fe mía y grave á la vez, que me ha deleitado muchísimo. También me ha hecho leer otra en la que le mandas que me siga como á maestro. ¡Cuánto le han regocijado estas cartas! ¡y cuánto me han impresionado! No hay niño más amable ni cariñoso que éste. Me sirvo en este momento de la mano de Tirón, á quien dicto cenando.

Annalis (1) te agradece mucho tus cartas, tus cuidados y excelentes consejos. P. Servilio, el padre, se te muestra también muy agradecido por una carta que dice haber recibido de César, por la que reconoce que sus sentimientos han tenido en tí eficaz y hábil intérprete.

A mi regreso de Arpino he tenido noticia de la marcha de Hippodamo. No haberme pedido cartas cuando iba á verte, es conducta que no puedo decir me haya sorprendido de su parte, pero sí me ha ofendido mucho. Según tus

(1) Lucio ó Sexto Vilio Annalis. Llamábanse así por la ley Annai que dió su antepasado L. Velio, tribuno del pueblo en 572, acerca de la edad que se había de tener para solicitar y obtener cargos públicos.

indicaciones, había contado con él para los asuntos de importancia, porque casi siempre, á fe mía, me limito á no decir nada ó poco menos en mi correspondencia contigo, por temor de que caiga en manos extrañas, cosa que podía acarrear peligros. Puedo contar todavía con Minucio, Salvio y Labeón; pero este último ó marchará muy tarde ó no marchará. Hippodamo ni siquiera me ha pedido mis encargos.

T. Pinaro me escribe cosas muy amables relativamente á tí: está encantado por tus cartas, conversaciones y cenas. Siempre me ha agradado mucho el trato de este joven, así como también el de su hermano. Continúa siendo afable con él.

He conservado mucho tiempo en mi poder esta carta esperando mensajero, razón por la cual suelo añadir algunas particularidades como esta. T. Anicio me ha dicho varias veces que si encontraba alguna casa en venta en los arrabales, no dejaría de comprarla para tí. Dos cosas me han extrañado en esto: en primer lugar, la correspondencia que entablas con él para estas compras, no solamente sin haberme dicho nada, sino habiéndome escrito lo contrario: en segundo lugar, el olvido de los antecedentes de ese hombre, de aquellas cartas tuyas que me enseñaste en Túsculo. Has olvidado el precepto de Epicarmo γνώνθι, πῶς ἄλλω κέχρηται; y has olvidado también aquel semblante, aquel carácter, aquellos dichos. Pero hago mal en suponerlo: piensa en ello. Entérame de tus intenciones relativamente á esta compra, y procura no caer en alguna red de Anicio.

¿Qué más te diré? ¿Qué? Esto. Gabinio entró de noche el iv de las kalendas de octubre (1). Obligado hoy por el edicto de Alfio (2) á comparecer á la hora octava, para

(1) 28 de setiembre.

(2) Pretor encargado de conocer en los crímenes de lesa majestad.

responder á la acusación de lesa majestad, ha estado á punto de perecer á manos del pueblo, poseído de odio. Nada más abyecto que este hombre. Pero no le cede Pisón. Así, pues, he aquí un episodio precioso para mi segundo libro, el de Apolo regocijando al consejo de los Dioses con la descripción del futuro regreso de dos generales (1) que habrán el uno perdido y el otro vendido su ejército. César me ha escrito desde Bretaña una carta fechada el día de las kalendas de setiembre (2), carta que he recibido el iv de las kalendas de octubre (3). Parece que los asuntos no marchan mal allí. Añade César, para que no me sorprenda no recibir nada de tí, que no estabas con él cuando se acercó á las costas. Su luto (4) me ha impedido contestarle y felicitarle. Te recomiendo eficazmente, hermano querido, el cuidado de tu salud.

CARTA II.

CICERÓN Á SU HERMANO QUINTO, SALUD.

El vi de las kalendas de octubre (5) por la tarde se embarcó Salvio para Ostia con todas aquellas cosas que habías pedido. El mismo día de tal manera calentó en el Foro Memmio á Gabinio, que Calidio no encontró ni una palabra en favor suyo. Hoy (día que no ha llegado aún porque te escribo antes de amanecer) debe elegirse el acusador en

(1) Gabinio y Pisón.

(2) 1.º de setiembre.

(3) 28 de de setiembre.

(4) A causa de la muerte de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo.

(5) 26 de setiembre.

presencia de Catón (1). El debate está entre Memmio, T. Nerón, C. y L. Antonio, hijo de Marco (2). Creo que, á pesar de todos los esfuerzos de Nerón, triunfará Memmio. ¿Qué más te diré? Gabinio perecerá irremisiblemente, á menos que nuestro amigo Pompeyo, á despecho de los Dioses y los hombres, consiga cambiar el giro de las cosas.

Considera ahora la audacia de este hombre, y procura reir un poco en circunstancias tan tristes. Gabinio, que deía en todas partes que solicitaba el triunfo, que su entrada nocturna (3) era hábil stratagema, que había sorprendido al enemigo, no se atrevía á pesar de todo esto á presentarse en el Senado. Sin embargo, cuando el décimo día fué necesario declarar el número de los enemigos y de los soldados, se deslizó en la asamblea, que jamás había estado menos concurrida. Quiso retirarse, retuviéronle los cónsules y se introdujo á los publicanos. Estrechados por todas partes, y muy especialmente por mí, que les descargaba rudos golpes, perdió la serenidad y con temblorosa voz me llamó desterrado. En el mismo instante (¡oh Dioses! jamás he gozado de mayor honra) el Senado lanzó un grito de indignación, levantándose como para arrojarse sobre él: igual grito lanzaron é idéntica actitud tomaron los publicanos.

¿Qué te diré? Todos se mostraron como te habrías mostrado tú mismo. Las manifestaciones del exterior no fueron menos ruidosas; y á fe mía, apenas puedo contenerme para no presentarme como acusador. Resisto sin embargo, porque no quiero luchar con Pompeyo (bastante hay con el asunto de Milón): no tenemos jueces equitativos, podría

(1) M. Catón, el pretor.

(2) Estos eran los hermanos de Marco Antonio el triunviro, y nietos de Marco el orador.

(3) Es decir, que entró de noche en Roma, de la misma manera que en una ciudad enemiga, y en el momento en que menos lo esperaban los habitantes.

sucumbir y quedar vencedora la malevolencia: temo además que, presentándome acusador, ocurriese algo, mientras que, marchando el asunto sin mi intervención, espero que llegará á buen término.

Todos los pretendientes del consulado están acusados de soborno: Memmio acusa á Domicio; Q. Curcio (1) el joven, hombre muy amable y docto, acusa á Memmio; Q. Pompeyo (2) á Messala, y Triario (3) á Scauro. Extraordinaria es la agitación de los ánimos, porque se ve claramente que ha llegado el caso de que perezcan los culpables ó las leyes. Trabájase para que las cosas no lleguen á trámites judiciales. Todo tiende á un interregno. Los cónsules quieren que se celebren los comicios: los acusados no quieren, especialmente Memmio, que cuenta con un viaje de César, para que se le nombre cónsul; pero sus esperanzas tienen muy poco fundamento. Domicio y Messala se encuentran seguros del triunfo (4). Scauro tiene ventaja. Appio pretende reemplazar á nuestro amigo Léntulo sin ley Curiata: olvidaba decirte que estuvo brillante el día de la manifestación contra Gabinio. Lanzó contra él la acusación de lesa majestad, y nombró sus testigos, permaneciendo el otro silencioso. Estas son las novedades públicas. En tu casa todo marcha bien, y los contratistas hacen terminar los trabajos con bastante diligencia.

(1) Ignórase quién era este joven que comenzaba la carrera política con una acusación de este género y que tuvo bastante influencia para hacer condenar al acusado.

(2) Quinto Pompeyo-Rufo, nieto del dictador Sila. Tribuno del pueblo el año anterior, había pronunciado arengas sediciosas, procurando hacer odioso á Cicerón, porque había tomado la defensa de su enemigo Milón. Q. Pompeyo fué desterrado despues de su consulado.

(3) P. Valerio Triario. En este mismo año 700 acusó dos veces á Emilio Scauro, á quien defendió las dos veces Cicerón.

(4) En efecto, los dos fueron elegidos.

CARTA III.

CICERÓN A SU HERMANO QUINTO, SALUD.

Comprenderás cuán ocupado estoy, al ver que empleo la mano del secretario. No pasa día sin que defienda á un acusado; así es que no me queda otro tiempo para meditar ó componer que el de paseo. Esto en cuanto á los asuntos públicos; en cuanto á los domésticos, todos marchan bien. Nuestros hijos están buenos, muéstranse aplicados en el estudio, tienen maestros diligentes, nos quieren y se quieren. Terminase la construcción de nuestras casas, ocupándose ahora de la decoración. Los trabajos en tus campos de Arcaño y Laterio están completamente terminados. En una carta anterior te hablé de las aguas y caminos: ahora ya estás enterado de todo. Pero me inquieta y atormenta sobremanera una cosa: hace más de cincuenta días que no han llegado cartas ni rumores siquiera de tí, de César ni tampoco de los parajes en que os encontráis. Tengo miedo de la tierra y del mar; y alarmado mi cariño, no deja, como acontece ordinariamente, de suponer lo que más teme. Ruégote, pues, que me escribas, y aunque sé no ocurrirá esto por falta tuya, has de saber que nunca he esperado con tanta impaciencia tus cartas como ahora.

Pasemos á los asuntos de la República. Cada día aparecen nuevas oposiciones de los augures (1), y cada día nuevo

(1) La declaración de los augures diciendo que los auspicios eran adversos, era el gran recurso en Roma para suspender la acción de las leyes. Quien ponía entonces la máquina en movimiento era Q. Mucio Scévola, tribuno del pueblo, y el aplazamiento de los comicios, que era el resultado, daba tiempo á los candidatos consulares para distribuir bastante dinero y comprar los votos del pueblo

aplazamiento de los comicios, con sumo beneplácito de los buenos: ¡tanto se sospecha estén corrompidos los cónsules por los candidatos! Cuatro candidatos consulares hay, y los cuatro están acusados. Las causas son muy delicadas, y, por mi parte, haré cuanto pueda porque nuestro amigo Messala salga bien; lo cual constituirá buen precedente para los demás. P. Sila, ayudado por su yerno Memmio y su hermano Cecilio, hijo de Sila, acusa de soborno á Gabinio; habiéndose visto con gusto el fracaso de L. Torcuato que les disputaba la acusación.

¿Preguntas qué será de Gabinio? dentro de tres días sabremos á qué atenernos relativamente al negocio de lesa majestad. En este asunto tiene en contra suya el odio de todos los órdenes. Los testimonios son terribles, pero los acusadores muestran deplorable blandura: el tribunal está dividido. Alfio, encargado de la investigación, es hombre grave y enérgico. Pompeyo no cesa de rogar á los jueces. Ignoro lo que sucederá, pero creo que Gabinio no podrá ya presentarse en Roma. Mostraréme moderado si sucumbe, y tranquilo en todo caso.

Esto es, sobre poco más ó menos, lo que tenía que decirte: solamente añadiré algo acerca de tu Cicerón, al que quiero tanto como tú mismo. Dedicase con afán á las lecciones de Peonio, su maestro de retórica, en quien reconozco talento y mucha habilidad. Como sabes, mi método es más profundo y filosófico; pero no quiero hacerle cambiar de camino ni de maestro, porque le dirigen bien y muestra mucha afición á este género declamatorio. Esta marcha comencé también, y le dejo gustoso seguir mis huellas. Espero que le conducirá á donde he llegado yo; sin embargo, la primera vez que le lleve al campo procuraré atraerle á mi sistema. Tu cariño me ha prometido tan dulce recompensa que he de esforzarme en alcanzarla. Deseo me escribas detalladamente en qué parajes y con qué esperanzas vas á invernar.

CARTA IV.

CICERÓN A SU HERMANO QUINTO, SALUD.

J. Gabinio ha sido absuelto. Nada más torpe que su acusador Léntulo y sus auxiliares: nada más sórdido que los jueces. En último caso, sin los increíbles esfuerzos y ruegos de Pompeyo, sin el temible rumor de una dictadura, el acusado no hubiese resistido, ni siquiera delante de Léntulo, como puedes comprender cuando con tal acusador y un tribunal de esta estofa ha tenido en contra treinta y dos votos de setenta. Además, tanto se ha murmurado de este juicio, que no le será posible escapar de las otras acusaciones, especialmente de la de concusión. Mas como ves, ya no hay República, ni Senado, ni justicia, ni siquiera dignidad pública ni privada. ¿Qué más he de decirte de estos jueces? Entre ellos se encontraban dos pretorianos, Domicio Calvino, que ha votado francamente la absolución para que todo el mundo lo viese, y Catón, que apenas hecho el recuento de votos se ausentó llevando á Pompeya la noticia.

Pretenden algunos, y entre ellos Salustio, que debí encargarme yo de la acusación. ¿Mezclarme entre tales jueces! ¿y qué sería de mí si hubiese resultado absuelto de la misma manera después de luchar directamente conmigo? Pero mi reserva tenía otros motivos. Pompeyo hubiese creído que menos combatía á Gabinio que á su propia consideración: habría venido á la ciudad y nos hubiésemos enemistado abiertamente. Hubiese luchado como Pacideyano con Esernino el Samnita, y tal vez me habría arrancado la oreja de un mordisco; al menos hubiera sido inevitable su reconciliación con Clodio. En fin, me regocijo

mucho de mi determinación, por supuesto, si tú la apruebas. En época en que Pompeyo había recibido de mí rara prueba de abnegación; cuando nada le debía y él me lo debía todo, no pudo soportar que disintiera de él en un asunto político (y no quiero decir más); era menos poderoso que ahora, y yo me encontraba en todo el esplendor de mi fortuna. Entonces me dió á conocer su carácter. Actualmente, cuando no pienso ser nada; cuando la República no tiene fuerza y Pompeyo es omnipotente, ¿había de luchar con él? Pues á este punto hubiesen llegado las cosas. No habrías sido tú ciertamente quien me habría aconsejado correr tal riesgo.

Pues bien, dice Salustio, una cosa ú otra. Necesario era emprender la defensa, haciendo esta excelente concesión á Pompeyo, que te lo suplicaba encarecidamente. ¡Qué buen amigo es Salustio! ¡me propone hacerme un enemigo irreconciliable ó cubrirme para siempre de infamia! He seguido un término medio del que estoy muy satisfecho y que me ha proporcionado la ocasión de oír decir al acusado, después de mi declaración, completa y religiosamente verdadera, que si se le permitía permanecer en Roma, no tendría quejas de él: y ni siquiera me preguntó nada.

Me pides versos, y para ese trabajo no solamente se necesita tiempo y tranquilidad de espíritu, sino que también entusiasmo que no puedo sentir. Me preocupa mucho el año venidero, aunque nada tengo que temer, Además (y á fe que hablo sin ironía) tú eres el mejor poeta de nosotros dos.

Yo también quisiera que hubieses completado tu biblioteca griega, realizado los cambios y compras de libros latinos; lo hubiese querido porque tu biblioteca tanto está á tu disposición como á la mía: no tengo á nadie á quien encargar igual trabajo para mí. Los libros que te faltan no están de venta, y para copiarlos se necesita hombre hábil

é inteligente. Entretanto daré órdenes para este asunto á Crisippo (1) y diré algo también á Tiranión. Averiguaré qué ha hecho Scipión en cuanto al fisco, y obraré según convenga. Haz lo que quieras de Ascanión (2); no me mezclo en ese asunto. Razón tienes para no apresurarte en cuanto á la casa suburbana; pero necesitas una.

Te escribo el ix de las kalendas de noviembre (3), día de la apertura de los juegos, en el momento de partir para Túsculo, llevando conmigo á mi Cicerón, que no va á entregarse á los juegos, sino al estudio. Mi ausencia no será tan larga como deseara, porque quiero encontrarme en Roma el día del triunfo de Pompeyo, ó sea el iii de las nonas de noviembre (4). Espero algún alboroto, aunque pequeño, porque dos pretores, Catón y Servilio, amenazan con su oposición, y no sé qué resultado podrá tener esto. La apoyarán el cónsul Appio, los pretores y los tribunos del pueblo; pero los otros amenazan, especialmente Q. Scévola Ἐφη πνέων. Cuidate mucho, querido y amable hermano.

CARTAS V Y VI.

CICERÓN Á SU HERMANO QUINTO, SALUD

Me preguntas cuánto he avanzado en los libros que comencé á escribir en Cumas (5): no he cesado ni ceso de

(1) Liberto literato de Cicerón, lo mismo que Tiranión, y que además era preceptor del hijo de Quinto.

(2) Un esclavo á quien Quinto quería manumitir contra el parecer de Cicerón, de la misma manera que lo había hecho con Stacio.

(3) 24 de octubre.

(4) 3 de noviembre.

(5) El tratado *de la República*.

trabajar en ellos, pero he cambiado muchas veces de plan y modificado mis ideas. Tenía terminados ya dos libros. Suponía en ellos una conversación que tenía lugar durante nueve días feriados, bajo el consulado de Tudetano y Aquilio, suponiendo la conversación entre Scipión el Africano, muerto poco después, Lelio, Filo, Manilio, Q. Tuberón y los dos yernos de Lelio, Fannio y Scévola. La conversación versaba acerca del mejor gobierno y el mejor ciudadano, debiendo durar nueve días y distribuída en nueve libros. Marchaba bien la obra bajo este plan, y la importancia de los personajes daba autoridad á sus palabras. Pero leyéndola en Túsculo en presencia de Salustio, hízome éste observar que más peso tendrían las ideas de gobierno en mi boca, no siendo yo un Heráclides Pontico, sino un varón consular muy versado en los asuntos publicos; que atribuyéndolas á personajes tan antiguos, creaba una ficción; que en estos libros no ocurría como en los Oratorios, en los que parecía bien no interviniese yo mismo; que además, solamente había introducido personajes que podia haber conocido personalmente; que, en fin, cuando Aristóteles trata de política, ó de aquello que constituye al grande hombre, cuida de hablar en su propio nombre. Estas observaciones me hicieron tanta mayor fuerza, cnanto que, mi primitivo plan me imposibilitaba toda alusión á nuestras conmociones políticas más interesantes, posteriores á los personajes á quienes hacía hablar; reserva que me había propuesto para no tocar á nuestra época, por temor de ofender á alguien. Pero este peligro podré evitarlo suponiendo un diálogo entre nosotros dos. Cuando regrese á Roma te remitiré lo que tenía hecho según el plan antiguo, y comprenderás con cuánto disgusto he abandonado el trabajo.

De este grande es para mí la amistad que me demuestra César, pero sus indicaciones no me atraen mucho: no apetezco honores ni gloria; y más me interesa la constancia de su afecto que la realización de sus promesas. Sin embargo,

vivo tan agitado y entregado al trabajo como si esperase galardón que no reclamo.

Ruégame que te haga versos; pero no sabes, hermano querido, cuánto me apremia el tiempo: y además, no conmueve mi ánimo el asunto que me propones ¿Tú, que eres nuestro maestro en esta forma de expresar el pensamiento, me pides ideas acerca de materias que apenas conozco? Haría sin embargo, cuanto pudiera si conservase todavía la viveza de imaginación, tan necesaria, como sabes, al poeta y que los tiempos me han quitado. No me preocupan el cuidado de los asuntos públicos, cierto es; y me dedico por completo á las letras. Pero es indispensable te confiese lo que á tí, más que á cualquier otro, quisiera á fe mía ocultar: sufrimiento intolerable es para mí, querido hermano, pensar que ya no existen república ni magistratura; consumir en vanos trabajos forenses, ó emplear en estudios puramente literarios la época de mi vida en que debía gozar de poderosa autoridad en el Senado, y renunciar á lo que desde niño tanto amaba.

Αὐτὸν ἀριστεύειν, καὶ ὑπείροχον ἔμμεναι ἄλλων.

Suplicio grande es verme reducido á la inacción enfrente de mis enemigos, y á las veces obligado á defenderlos; no tener libertad para pensar, libertad para aborrecer; en una palabra, no contar con otra amistad que la de César, que me quiere como yo deseo y que espontáneamente, según me aseguran, ha querido ser amigo mío. No significa esto que me encuentre reducido á no tener consuelo, y cuando el mayor sería tenerte á mi lado, ocurre precisamente que nos separan.

Pansa (1) quería que defendiese á Gabinio; esto habría sido perderme. Odiándole todos los órdenes, de rechazo me

(1) C. Vivio Pansa, que fué cónsul con Hircio el año después del asesinato de César.

hubiesen odiado á mí. Creo que me he mantenido en el buen camino, no haciendo más de lo que querían todos. Me atengo completamente á tu consejo, y no deseo otra cosa que tranquilidad y descanso.

Tiranión anda atrasado en tus libros: hablaré á Crisippo; pero el trabajo es difícil y exige exquisito cuidado. Algo entiendo de esto, porque mi pasión por los libros nunca se ve satisfecha. En vano busco á quién dirigirme para las obras latinas: ora se compren, ora se hagan copiar, seguro es que no se conseguirán más que ejemplares defectuosos; sin embargo, no descuidaré este punto.

Como ya te dije, Crebrius se encuentra en Roma, y los que á todas horas juran aseguran que no te debe nada. Creo que durante mi ausencia se ha arreglado el asunto del Erario.

¡Cuatro tragedias en diez y seis días! ¡y te diriges á otro! ¡buscas κρέας cuando has escrito una *Electra* y una *Troades*! No descanses, y ten entendido que aquel ζυώδι σεαυτου no se dijo solamente para reprimir nuestra vanidad, sino también para que conozcamos lo que valemos. Remítame esos trabajos [juntamente con *Erigona* Sirva esta de contestación á tus dos últimas cartas.

CARTA VII.

CICERÓN Á SU HERMANO QUINTO, SALUD.

Roma está inundada, principalmente la vía Apia y el templo de Marte. Las aguas han arrastrado la terraza de Crasípedes, así como también muchas tiendas y jardines. El desbordamiento se extiende hasta la piscina pública. Esto realiza los versos de Homero: «En los días de otoño, cuando Júpiter derrama las aguas á torrentes...» la continuación

puede aplicarse á la absolución de Gabinio: «Irritado de ver en los tribunales decidir la fuerza en contra del derecho, y desterrada la justicia con desprecio de la venganza de los Dioses.» Pero no quiero ocuparme de nada de esto.

Cuando regrese á Roma, te escribiré todo lo que pueda averiguar, especialmente lo relativo á la dictadura (1): también te remitiré cartas para Labieno (2) y Ligurio. Te escribo antes de amanecer, á la luz de una lamparilla de madera, que tengo en mucha estima porque, según dicen, es tuya, habiéndola hecho labrar cuando te encontrabas en Samos. Adiós, querido y amable hermano.

CARTA VIII.

CICERÓN Á SU HERMANO QUINTO, SALUD.

He recibido una carta tuya, á la que nada tengo que responder, porque solamente expresa disgusto y mal humor. Dices que has escrito otra igual á Labieno, que todavía no ha llegado. Pero he recibido otra que disipa por completo mi enojo. Limitaréme á dirigirte un consejo, una súplica. Sin duda te encuentras expuesto á contrariedades, molestias y disgustos; pero procura recordar la idea capital que presidió á tu marcha. No se trataba de interés mezquino y baladí. ¿Qué recompensa apetecíamos por sacrificio tan grande como el de nuestra separación? La consolidación de nuestra existencia política por la amistad de un hombre

(1) Era inminente la dictadura y hasta necesaria, por consecuencia del aplazamiento sedicioso y constantemente prolongado de los comicios.

(2) T. Attio Labieno, el más ilustre de los tenientes de César en la Galia, que después pasó al partido de Pompeyo.

poteroso y bueno: cuestión era ésta de porvenir, á la vez que de riqueza; en cuanto á lo demás, nada puede fundarse que no se desmorone. Teniendo constantemente en la memoria el objeto de nuestra determinación y las esperanzas que en él radican, menos penosas te serán las fatigas militares y todas las contrariedades que experimentes: además, libre eres para eximirte de ellas. No creo llegado todavía el momento, pero ya está cerca.

Tengo que darte un consejo importante: no me escribas nada que pueda perjudicarnos si alguien leyese tus cartas. Prefiero ignorar algunas cosas á exponerme por saberlas. Más te diré cuando me encuentre tranquilo, esto es, cuando Cicerón se restablezca por completo, como espero. Deseo me digas á quién he de entregar las cartas, si á los correos de César, que te las remitirá en seguida, ó á los de Labieno: ignoro dónde está el territorio de los Nervienos y cuánto dista.

He leído con sumo agrado lo que me dices del valor y fortaleza de César en este terrible dolor. En cuanto á la excitación que me diriges para que termine el poema que he empezado sobre este asunto, te diré que, á pesar de mis ocupaciones, á pesar del estado de mi ánimo, muy poco á propósito para ello, así lo haré, puesto que César sabe, por la carta en que te hablaba de ello, que le he comenzado. Lo terminaré, pues, durante las vacaciones de las rogativas públicas, de las que celebro se aprovechen para sacar de apuros á Messala y á los otros. Esperas verle cónsul con Domicio, y yo lo creo como tú. Respondo de Messala á César. Memmio lo espera todo de la venida de César, en lo que se engaña, según creo; sus asuntos marchan mal aquí. En cuanto á Scauro, ya hace tiempo que lo abandonó Pompeyo.

Todo permanece un suspense: los comicios marchan directamente á un interregno. Háblase de dictadura, cosa que desagrada á las personas honradas. Más me disgusta

á mí lo que dicen; pero se teme y nada se decide. Pompeyo dice públicamente que no la quiere: en otro tiempo estaba menos terminante conmigo. Dícese que la proposición partirá de Hirro. ¡Oh dioses! ¡Qué necio! ¡qué amante de sí mismo tan sin rival! Pompeyo ha amedrentado con relación á mí á Crasso Juniano, que me es muy adicto. Yo le he neutralizado. Pero ¿quiere ó no quiere la dictadura? Difícil es saberlo. Si Hirro obra, no será esto prueba de que no quiere. No se habla de otra cosa: todo lo demás se encuentra paralizado.

El funeral del hijo de Serrano Domestico se celebró el viii de las kalendas de diciembre con grande aparato. El padre pronunció la oración fúnebre que he escrito yo.

Ahora te hablaré de Milón. Pompeyo no le secunda: está entregado por completo á Gutta y se lisonjea, según dicen, de obtener intervención directa por parte de César. Milón está febril y no le falta razón, porque si consigue Pompeyo la dictadura, nada ó casi nada puede esperar. Si se opone á la dictadura, y pone en movimiento su hueste, se hace un enemigo de Pompeyo, y esto es lo que más teme. Si permanece tranquilo, pueden arrebatárle la dictadura por un golpe de mano. Está preparando juegos magníficos (1), tanto que no creo los haya habido iguales jamás. ¡Doble y triple necesidad! Nada le obligaba á esto, porque ya había pagado espléndidamente su deuda, porque no tiene el caudal necesario y porque solamente es curador y podría considerarse como tal y no como edil. Creo habértelo dicho todo. Cuida mucho de tu salud, querido hermano.

(1) Combates de gladiadores.

CARTA IX.

CICERÓN Á SU HERMANO QUINTO, SALUD.

Los consejos acerca de Gabinio eran buenos, pero no he debido seguirlos. Τότε μοι χίνοι. Mi actitud, por confesión de todos, ha sido firme y templada, no agobiando ni excusando al culpable. Fui testigo enérgico, y después esperé. Cuando una sentencia innoble y deplorable puso término al debate (1), tomé mi resolución con bastante facilidad. He conseguido además considerable ventaja: agítábanme mucho á todas horas los males de la República y la audacia de los malvados: ahora ni siquiera me conmueven: y esto consiste en que he llegado á desear de los hombres y de los tiempos. Como nada tengo que esperar ya de la República, no puedo experimentar disgustos por ella. Las letras, el estudio, suaves ocios en mis campos, y principalmente la compañía de nuestros hijos, constituirán en lo sucesivo mis placeres. Milón únicamente me atormenta. ¡Ojalá sea cónsul, para que me deje descansar! Trabajo para él con tanto ahinco como trabajaba en otro tiempo para mí. Continúa ayudando por tu parte. Todo marchará bien si no interviene la violencia, pero temo por su fortuna. Demencia intolerable es disipar en sus juegos trescientos mil sextercios. Sin embargo, por esta vez me prestaré á su locura tanto cuanto pueda, y tú me secundarás con todas tus fuerzas.

Mis temores en cuanto al movimiento de las cosas en el año próximo nada encierran que me sea personal, refiriéndose únicamente á la República, porque si bien he ce-

1) La absolución de Gabinio.

sado de intervenir en ella, no he cesado de contemplarla con interés. Comprenderás con cuánta razón te encargo reserva en nuestra correspondencia, al ver que no te hablo de las turbulencias que estallan públicamente aquí, por temor de que, interceptadas mis cartas, convirtieran en enemigos míos aquellos que vieses sus nombres en ellas. Así, pues, tranquilízate en lo que me concierne. En cuanto á la República, conozco tu interés. Veo que nuestro amigo Messala será cónsul; si lo es después de un interregno, no habrá causa; si lo es con un dictador, menos puede temerse. No tiene ni un enemigo. El calor de Hortensio por él llama mucho la atención; y además la absolución de Gabinio es la impunidad decretada previamente. A propósito: lo de la dictadura no adelanta un paso; Pompeyo está ausente; Appio trabaja; Hirro prepara el terreno; cuéntanse muchos contrarios; el pueblo permanece neutral; los grandes resisten; yo callo.

Mucho te agradezco los esclavos que me prometes, porque tengo alguna escasez de ellos en Roma y en los campos; pero no te dejes llevar por tus buenos deseos en mi favor, y no hagas, hermano mío, sino aquello que puedas cómodamente y sin molestia.

Mucho he leído con la carta de Vatinius. Bien sé que está encargado de vigilar-me (1); pero pertenece á esa clase de hombres que fácilmente se burlan, y yo le burlaré por completo.

Heme adelantado á tus nuevos deseos: el poema para César está terminado y creo poder estar satisfecho. Espero mensajero seguro, porque no quiero le suceda como á tu *Erigona*, para la que no tuvo camino seguro la Galia durante el mando de César.

(1) Vatinius escribía á César cuanto decía y hacía Cicerón, y César debió comunicar sus cartas á Quinto, cuando éste pudo enterar á su hermano del odio que mostraba Vatinius en aquella correspondencia, de la que se burla Cicerón.

¡Cómo! ¿por no tener buen cimiento habré de destruir todo el edificio? Cada día me agrada más, especialmente el pórtico inferior y las habitaciones adyacentes. En cuanto á tu Arcano, es á fe mía una obra á lo César, y hasta algo más espléndido aún. Aquellas estatuas, aquella palestra, aquel vivero, aquel Nilo, todo exige muchos Filótimos, y solamente cuentas con un Difilo. Pero iré yo mismo, mandaré personas competentes y daré órdenes.

Mucho más te quejarás de Félix cuando estés enterado de todo. No ha hecho sellar el testamento, en el que tan cuidadosamente arreglaba la partición; sino que por equivocación suya y de su esclavo Sicura, tomó otro testamento antiguo, que ya no quería utilizar, y éste es el que se ha sellado 'Ἄλλ' οἰμωξείω: consolémonos.

Quiero con ternura á tu Cicerón; tú lo deseas así, él lo merece y yo debo hacerlo. Lo separo de mí y lo entrego á la vigilancia de sus maestros: su madre (Pomponia) va á partir, y cuando no está presente ella, temo su glotonería. No dejará de acompañarme con frecuencia. He contestado á todo. Adiós, querido y amable hermano.
